

El Ocaso

Otōsan

Caminó a la cocina por un vaso y una botella de ron cubano. Encendió uno de los últimos cigarrillos que le quedaban y se sentó en la mesa en la que desayunaba. Encendió la radio, pero solo había estática a esa hora de la noche. Destapó una cerveza para equilibrar el calor del licor con la sed que le daba en esas noches de verano en que no se podía dormir. Exhaló el humo en un vano intento por hacer orlas con su bocanada. La noche estaba inmóvil y el reloj marcaba el paso del tiempo sin sentido ni propósito alguno. Agregó más destilado en su vaso y lo bebió de un solo sorbo. Su cuerpo entero se estremeció por el calor quemante del líquido. Sorbió la cerveza para refrescarse, pero solo logró que la garganta le quemara aún más. Tomó el lápiz y escribió “*selfmoord*” en la hoja en blanco. Estuvo contemplando el título en el vacío del papel hasta que se quedó dormido. Mæw se recostó en sus brazos y lo sacó del sopor. Le acarició el lomo y este se estiró en señal de agradecimiento. Encendió otro cigarrillo, el último, y escribió “salté a la mesa mientras dormía para despertarlo y lograr que escribiera”.

Las noticias solo informaron un lacónico “Ha fallecido el escritor Fermi Biearjasi”. El gato, el gato es quien sabe lo que realmente ocurrió, pero a nadie se le ocurrió interrogarlo pues los humanos desconfían de todo el mundo, aunque nunca se debe faltar a la confianza con los gatos, ellos veleidosos que son siempre dicen la verdad. El funeral se realizó en el cementerio general pues el tipo no era cristiano y no quería un cura leyendo la biblia frente a su ataúd. Polvo al polo tierra a la tierra. La escasa concurrencia no sorprendió a su hermana, única representante

de su familia, pues el autor se había recluso en su casa hacía años y no mantenía contacto con nadie. Había, también, expresado explícitamente no importunar a sus hijos en el extranjero con su muerte, pues era un hecho del todo normal y que no implicaba mayores dolores que el breve desapego. Los pocos asistentes expresaron algunas palabras de despedida y de lo que significó Biaerjasir en su vida como amigos o simples lectores. Al final, toda obra u omisión en vida no significan nada ante el hecho irreductible que a todos nos espera el mismo destino fatal y silencioso. La ceremonia fue breve pues comenzó a llover y los asistentes se retiraron rápidamente. Algunos se dirigieron al bar Aqueronte para brindar por última vez por el fallecido escritor. Fue ahí que Don Horacio, reconocido empresario de pompas fúnebres, dijo *salud por aquellos afortunados que ya no deben pagar por vivir.*

Caminó por la calle principal. Los portones de las casas estaban abiertos y los niños jugaban en la calle. Corrían detrás de una pelota que bartoleaba con el viento de la costa. Hacer feliz a una mujer es el misterio último del universo, pensó y esquivó el balón con su cabeza para no ser golpeado. Los pequeños hoteles estaban llenos de surfistas venidos desde extraños parajes, y sus halls eran una torre de babel mezclando diversos idiomas que preguntaban por habitaciones, tours y comida. Se sentó en una mesa apartada del hotel El Alba y contempló a las núbiles turistas que se paseaban en bikini por el costado de la piscina y el restaurant del hotel. A pesar de ser un respetado y, relativamente, conocido autor, y que sus escritos habían sido traducidos a varios idiomas, nadie lo reconocía ni se le acercaba por un autógrafo. Esto, en vez de entristecerlo, lo complacía al máximo, pues su oficio de escribir era como cualquier trabajo, como ser cartero,

porteador, matarife, sepulturero o profesor; no había mayor glamour en eso y lo único que lo hacía distinto era que su tiempo le pertenecía y que podía sentarse a trabajar en cualquier lugar. Desde hacía 25 años que vivía en ese pequeño balneario que caminabas en cinco minutos desde su inicio hasta su fin o desde su fin hasta su inicio. Era una calle con casas a ambos costados y algunas viviendas colgaban del cerro que la encerraba entre el mar y los bosques de pino. Cuando llegó a vivir era un lugar desierto que se repletaba los fines de semanas con turistas que armaban sus tiendas multicolores en la arena; luego alguien con mucho dinero construyó un hotel pues se le había ocurrido que era un gran lugar para hacer surf lejos de la mirada del vulgo. Aun así, disfrutaba de estar y vivir en este pequeño lugar pues sabía que en marzo todos se irían y que volvería a caminar por la calle sin miedo a ser atropellado o de toparse con demasiada gente y no encontrar un lugar en los bares de los hoteles del pueblo. *Bendito es quien es dueño de su tiempo.*

En esos años de aislamiento y soledad, tuvo un par de asuntos con conocidas de su juventud o incluso de su niñez. A pesar de que amaba a la mujer como ser maravilloso y misterioso, nunca más se comprometió en una relación. Se dedica a escribir, mirar películas o escuchar música. El sexo era importante, pero se había convertido en un ritual para experimentar más que una necesidad diaria como respirar o comer. Algunos comentaban que había estado casado cuatro veces, una vez con una gringa que llegó al balneario, se lo llevó a Vietnam por un año. Otros aseguraban que siempre estuvo con la misma mujer, pero en diferentes periodos de su vida. Algunos aseguraban que la dueña del hotel donde bebía era su amante y que ella le permitía vivir gratis allí pero que él prefería su casa

mirando al mar entre medio de los pitósporos y los maullidos del gato. Los pescadores de la caleta creían que Biaerjasir se recluía por días en los requeríos donde practicaba rituales satánicos y se alimentaba de cochayuyos y bebía agua de mar. Algunos relataban haberlo visto desnudo bañándose en las gélidas aguas del pacifico y que podía pasar por horas en el frío sin resfriarse o enfermarse. Volvía al pueblo al cabo de unos días más joven y jovial que cuando se iba. Aun así, y a pesar de todas las historias, era un tipo respetado en el lugar, pero no era admirado o querido. Seguía siendo un forastero y cuando muera no muchos asistirán a su entierro. *Benditos sean aquellos que no necesitan de la amistad de los hombres.*

El gato siempre se quedaba en casa cuando su amo salía a dar uno de esos paseos interminables por la playa. Prefería quedarse en casa y dormir en la repisa de libros bajo el sol de la tarde. Tenía leche, agua, comida y todos los ratones y ratas que necesitaba en el sótano de las viejas casas de adobe cerca de su cabaña de madera. Cuando el hombre invitaba a amigos a su casa a beber, se mudaba a la despensa en el patio trasero y se olvidaba de la risa de todos los borrachos. Había establecido que el día que muriese, el gato podía decidir por sí solo si quería un nuevo amo o se quedaba con la casa, requerimiento necesario para poder vivir era asistir al felino y cuidarlo, pues él era el dueño y debía respetarse su modus vivendi. A veces lo acompañaban al bar a tomarse una cerveza. El mozo de turno sabía que debía servirle pescado fresco y leche. Pero eso era algo muy ocasional, el hombre prefería sentarse solo a beber y a admirar como el sol se apagaba en el horizonte pues *benditos sean aquellos que solo necesitan la puesta del sol para ser felices.*

Biaerjasir tenía una escopeta debajo de su cama de dos plazas. La había comprado por si algún ladrón irrumpía en la casa e intentaba robar sus libros y discos clásicos. El autor tenía una notable colección de libros y discos de rock y jazz, así que los ha protegido como su tesoro máspreciado en la vida. Cuando la policía encontró su cuerpo no había signos de violencia. Su cuerpo se silenció pacíficamente sobre sus brazos en la mesa de la cocina. Algunos testigos declararon que parecía que estaba tomando una siesta. Los detectives no encontraron huellas dactilares ni pisadas de extraños en la casa, aparte de las de la ama de llaves, Doña Rosa. La escopeta, y esto era lo extraño, no estaba en su lugar. Muchos de sus conocidos sabían de su existencia, ya que él siempre hablaba de Pilar, como llamaba al arma. Después de interrogar a los habitantes de la ciudad, la investigación se cerró debido a la falta de pruebas. El juez lo archivó como "muerte por razones desconocidas". Ninguna de sus queridas posesiones había sido tocada y la casa se veía igual como la criada la había visto el lunes, cinco días antes del fallecimiento del escritor. Algunas personas dijeron que un policía confesó, mientras bebían, que Biaerjasir no estaba muerto y que ese cuerpo ni siquiera era suyo, pero nadie podía decir eso a la gente o a los periodistas que habían cubierto el caso. Esa es la razón por la que pocos asistieron a la ceremonia en el cementerio, muchos tenían miedo de que volviera a presenciar su propio entierro. *Bienaventurados los que descansan en paz sobre la tierra.*

La casa de Biaerjasir permaneció cerrada durante un año después de su fallecimiento. La señora del hotel El Alba llevó al michi a su casa y lo cuidó. Después de la muerte de su maestro, se volvió extremadamente viejo y parecía un

gato muy viejo en lugar de uno que cazaba ratas y se apareaba sin parar en agosto. El quijote de palo, el borracho del pueblo entró un día en la cantina gritando que había visto al escritor entre las rocas del mirador de la sirena. Todos se rieron de él como de costumbre con todas sus historias, pero desde esa noche nadie se atrevió a pisar el mirador. Los meseros en el bar dicen haberlo escuchado hablar con ellos y pedir otro trago en la oscuridad y el vacío de la noche. Su nombre se había vuelto casi prohibido en las conversaciones de los lugareños y, cuando se usaba, se le recordaba como parte de las miles de historias espeluznantes sobre fantasmas y espíritus errantes. Cinco años después de su partida, sus hijos regresaron a la ciudad para reabrir la casa y venderla a una inmobiliaria para construir un hotel de cinco estrellas en el lugar donde estaba el hogar del escritor. Aunque muchos se oponían a este proyecto, preferían que la casa fuera demolida y quitárselas a sus espíritus malignos. Todos se sorprendieron cuando vieron a Maew levantándose de entre los escombros y erguirse encima de ellos para lamer sus patas. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido para el gato, y solo hubiese despertado de una siesta. Los borrachos de las cantinas afirmaron que Biaerjasir se encarnó en el cuerpo del micifuz y es por eso por lo que cada vez que entra a los bares y boliches alguien le ofrece una cerveza para refrescar su garganta por escribir y maullar. No hacerlo implica la ruina del lugar y sus dueños. *Bienaventurados los que son como los gatos y viven de la felicidad de un vaso de cerveza.*